LENGUA ESPAÑOLA, CON RED Y SIN RED

Ramón Buenaventura

Cuando flotó el verbo hispano sobre las aguas chichas de la cultura, y decidiose la luz, e hízose el Instituto Cervantes, en 1991, nadie preveía que el mundo iba a estropearse del modo en que se ha venido estropeando, y miren que ya estaba zaino por aquellas fechas; pero no existía Internet. Bueno, vamos a ver: sí existía Internet, aunque solo entre grupos selectos de coleguillas, léase militares, políticos, espías, sabios, eruditos, etc.

El presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower, de tan grata memoria para los españoles (qué bonita la Torre de Madrid con todas las ventanas apagadas, menos las suficientes para deletrear IKE en vertical), se asustó un poco en 1957, cuando los rusos atinaron a poner en órbita el *Sputnik I*, y ordenó que Estados Unidos recuperara inmediatamente el retraso tecnológico. A sus órdenes, mi general: creóse ARPA (Defense/Advanced Research Project Agency), que creó IPTO (Information Processing Techniques Office), cuyo primer director, J. C. R. Licklider, era un empecinado defensor del programa SAGE (Semi-Automatic Ground Environment), lo que dio lugar a que su sucesor contratara a un tal Robert Lawrence, que puso los primeros bits de una red nacional de comunicaciones diseñada a partir de una idea sobre el intercambio de paquetes electrónicos concebida por Paul Barand, de la RAND Corporation, y Donald Davies, del UK National Physical Laboratory, todo lo cual vino a culminar en el feliz nacimiento de una computadora llamada Internet Message Processor, que facilitó el no menos feliz nacimiento de ARPANET en octubre de 1969. Ahí le salían ya los cuernecillos a Internet.

ARPANET fue transferido a NSFNET (National Science Foundation Network), que en seguida se conectó con CSNET (Computer Science Network) y un poco menos en seguida con EUNet (European Network), dando lugar a que la muchedumbre civil se fuese enterando. Así, tras la invención de Mosaic —primer navegador—, a principios de los noventa, viene el tremendo *bang!* de Internet, que aún no se ha detenido, ni va a detenerse en un futuro previsible (solo que el futuro previsible no existe, pero esa es cuestión fuera de cuento).

El Instituto Cervantes, pues, viene conviviendo con el dragón internetero desde sus primeros días. El Cervantes está para el lucimiento y apoyo de la lengua española, e Internet *pasa por completo de la lengua* pero sirve a la inglesa, que es su dueña y señora. Los anglos lo inventaron todo y los anglos lo bautizaron todo. Nosotros hemos tenido que ir detrás enterándonos de qué era aquello, a toda prisa, como podíamos, y poniéndoles nombres más, menos o nada españolizados a las novedades. La lengua española no ha pinchado ni cortado en ninguna invención reciente, de modo que tampoco ha podido permitirse el lujo de crear ninguna palabra tecnológica. (Bueno, perdón, hemos inventado la fregona, al parecer: don Emilio Bellvis presentó el invento en el Registro de la Propiedad Industrial el 23 de diciembre de 1958... Yo creo haber visto fregonas en las películas norteamericanas de antes de esa fecha, pero seguramente habré soñado. Pues no, no he soñado: busco en Answers.com «who invented the mop?» y resulta que el *pater creator* de la fregona es un señor norteamericano llamado Thomas W. Stewart, que la patentó ¡en 1898! Toma allá leyenda patriótica derrumbándoseme con estrépito. Como todo sea así...).



La red asimétrica, de Ana Santoja.

La quinceañera historia del enfrentamiento entre Internet y el español —entre la informática y el español— consiste, pues, básicamente, en ver cómo nos las apañamos para no decirlo todo en inglés. Entre las primeras ideas brillantes que tuvimos estuvo la de no calcar de los norteamericanos, sino de los franceses (es mucho más tradicional calcar de los franceses, dónde va a parar), y decir «ordenador» en vez de «computadora». Con lo cual incurrimos en el principal pecado lingüístico que podemos cometer, hoy en día, léase: fracturar el español, haciendo que las computadoras se llamen «ordenadores» en España y solo en España. Muy bien. Aplausos.

En seguida, vivimos un sueño iluso casi reglamentario en estas situaciones de invasión: nos creímos que podíamos inventar términos castizos e imponérselos a los hablantes. Tampoco puede decirse que luchásemos mucho. El propio Instituto Cervantes, en sus primeros tiempos, propuso MMM (Malla Mediática Mundial, creo que era) en lugar de WWW (World Wide Web). Tres o cuatro defendieron e-carta y e-correo. Algún pintoresco (yo entre ellos, cuando a partir de 1997 fui el primero en llevar una columna permanente sobre Internet en una publicación de gran tirada, *El Semanal* del entonces Grupo Correo) propuso 'emilio' en vez de *e-mail*. (También lo intenté con 'chatería' en vez de *chat*, 'hostal' en vez de *hosting*, 'galleta' por *cookie*). Surgió una honrada preocupación entre profesionales y aficionados de la lengua, aunque conste que hay una forma de preocuparse que no sirve para nada: mucho, pero solo de vez en cuando. Es la que más abunda en la grey humanal, y ello explica que casi todos los asuntos graves lleven cinco mil años sin resolver. Así, por ejemplo, las cartas que yo recibía de los lectores, en aquella época, evidenciaban una honda preocupación, «de vez en cuando», ante los feroces topetazos que le arreaba el inglés a las torres babélicas de los distintos idiomas nacionales: va a derrumbarse la lengua propia y de ella no quedarán ni los escombros; Internet está colaborando con el imperialismo anglohablante.

Bah. Como arriba ya hemos dicho, quien inventa bautiza, y nosotros, en los últimos cincuenta años, solo hemos inventado la supradicha fregona clónica, de modo que no pretenderán ustedes que las cosas lleven nombres en castellano o catalán o euskera o asturiano o gallego o valenciano o perdón si me olvido alguno. (No sé por qué pensaba yo, en mi afán de encontrar algo, que 'barbacoa' podía ser vasco. No me digan que no tiene pinta. Pero no. Es taíno.) *Bit* podría haber sido 'cacho', sí, pero es 'bit'. Qué le vamos a hacer. A mayor abundamiento, los idiomas «siempre» se han apropiado de las palabras ajenas con toda desvergüenza y ningún daño, cuando no pueden o deben traducirse. Incluso en el supuesto de que todos los no anglohablantes del planeta Tierra nos pusiésemos de

acuerdo en boicotear (del inglés *boycott*, por cierto) el inglés e ir creando nuestros propios términos traducidos, seguiría siendo un disparate, por ejemplo, decir 'Interred' en lugar de Internet, porque entonces en italiano se diría 'Interrete', y en francés, 'Interréseau', y en alemán 'Internetz', y no habría modo de empezar siquiera a entenderse. Los idiomas no sufren daño alguno por razón de estos ataques terminológicos. La jerga profesional o culta o específica siempre acaba absorbiéndose. Hemos estado dos siglos largos robando del francés prácticamente todas las palabras de la cultura y a ningún académico se le caen las gafas de concha por ello. Diremos 'járguar', 'sófguar', página 'güé[b]' (manteniendo la grafía original, para no perdernos). Adaptaremos lo adaptable (casi todo, en realidad) e incluso crearemos terminachos aborrecibles, como 'deletear' o 'resetear'. Da lo mismo. Las lenguas no son florecillas del campo, no mueren ni se mustian cuando las pisan. La mejor defensa contra el aplastamiento traqueal de cualquier idoma es hablarlo. Al cabo de los años, lo que prive será una resultante de fuerzas de todos los criterios personales, y no dependerá de la acción de ninguna academia ni ningún escribir de artículos recomendando que se diga 'octeto' en vez de 'bit'. [Los franceses, siempre tan suyos y de nadie más, lo han logrado: dicen *octet* por *bit*, *logiciel* por *software*, *numérique* por *digital* (un lío, esto último)...]. [Nosotros, en cambio, no lo hemos logrado. De hecho, nuestro único triunfo lingüístico interno desde el nacimiento de Internet puede haber sido @. El signo @ —cuya aplicación a la informática es ocurrencia de Ray Tomlison, primer *emailero* del mundo— es grafía abreviada de la preposición latina *ad*, que dio *at* en inglés («en»). No obstante, alguien, en un momento dado, se dio cuenta de que este signo, @, es muy parecido al que ya en el siglo XVI (el *quinientos,* a la italiana, le he oído decir a un modista, últimamente) se usaba para representar la arroba (del árabe *arrub*), unidad de peso equivalente a vaya usted a saber, porque cada cual cuenta una cosa distinta, pero tenía que andar por los doce kilos. Y hoy, ya, todos los hispanohablantes damos nuestra dirección electrónica utilizando esa denominación, 'arroba', como si estuviésemos hablando de algún lucido ejemplar de la cabaña porcina...].

Dicho en otras palabras: en estos quince últimos años que nos ocupan ahora el español ha hecho lo que ha podido y no ha podido mucho, pero ¿dónde está la tragedia? La tónica general marca optimismo. Cada vez hay más español en Internet. Cada vez hay más usuarios hispanos. *Y tenemos datos que lo demuestran.* En fin. Cualquier persona con medio kit (sí, sí está en el *DRAE*; y sin cursiva, además) de sentido común sabe que las cifras, en Internet, no significan absolutamente nada «demostrable». Estamos en los miles de millones de páginas, muchas de ellas nunca exploradas por nadie, como aquellas tierras africanas que los cartógrafos medievales marcaban con el rótulo «Hic sunt leones» («Aquí hay leones»: también el latín se perdió y ya ni lo estudiamos). No sabemos qué hay de verdad en Internet. Ni siquiera sospechamos qué ocultan sus viejos rincones de fuera de la web (sí, también está en el *DRAE*), es decir, los grupos de noticias, los chats (no está en el *DRAE*, pero sí en el *Panhispánico*), las listas de correos, los foros. Y, además, da lo mismo, es totalmente indiferente que los «expertos» encuentren el 2.006 % de páginas en español contra el 2.005 % del año pasado: lo único que cuenta es la calidad de los textos. Y ahí estamos perdidos.

Desde hace quince o veinte años o treinta años, vivimos también en la era digital (digo «también» porque las eras cohabitan: la era atómica, la era de la cocina española, la era de la minifalda). Esta digital, aunque tiene puntos en común con otras eras —con todas las eras tecnológicas, por llamarlas de algún modo—, posee una característica propia que la distingue, y no precisamente para bien. Vivir en la era digital implica vivir en algo que casi nadie sabe en qué consiste. En serio. Si pidiésemos a los cien primeros viandantes que nos improvisasen una definición de 'digital', me temo que no obtendríamos muchas respuestas acertadas. Para empezar, la palabra se presta, en castellano, a bastante confusión. 'Digital' hace pensar en 'dedo', y, francamente, no resulta nada fácil concebir una era basada en los dedos, a no ser que nos refiramos a la oposición entre el pulgar y el índice de la mano humana, que está, al parecer, en el principio de todas las eras. Pero es que, como ustedes, sin duda alguna, saben perfectamente, 'digital', en este uso, tiene menos que ver con 'dedo' que con 'dígito', es decir, «número que puede expresarse con un solo guarismo». De hecho, recuerden lo que desuso (lo contrario de deyuso) dijimos: los franceses no viven en la era digital, sino en la «era numérica».

Y ahí está el problema: le hemos tomado tanto gustazo a vivir en las puras eras, que en cuanto surge un procedimiento técnico que nos fascina en grado suficiente lanzamos las campanas digitales o electrónicas al vuelo y nos ponemos a hablar de nuevas auroras para la humanidad. Como los científicos han hallado el procedimiento de comunicar con sus máquinas de un modo más controlable, rápido, eficiente, fiable, etc. (vid. supra), y, además, han inventado unos aparatos llamados «ordenadores» o «computadoras» (depende del país, vid. supra otra vez), que se las apañan a las mil maravillas con dos dígitos solamente, el 0 y el 1, llegamos a la conclusión de que la vida entera va a cambiar. Y no es así.

La lengua, no ya la española, sino cualquiera, incluidas las señales náuticas, cambiarán por otras razones, si es que cambian, pero no por la implantación de un nuevo sistema, eficacísimo y manejabilísimo, de almacenamiento y transmisión de datos. Nos estamos olvidando de lo importante. Es decir: de los datos, de la información que recoge y transmite la técnica digital. Una tontería, expresada mediante filas interminables de ceros y de unos, sigue siendo una tontería. Quizá, incluso, más tontería que antes, porque ahora puede difundirse más de prisa y llegar a más gente, avalada además por el prestigio casi mágico de lo tecnológico. La tecnología siempre ha mejorado lo bueno y empeorado lo malo. Internet es el mayor depósito de conocimiento que ha existido en la historia de la humanidad, pero también contribuye al esplendor renovado de las supersticiones, las cartas en cadenas, los bulos científicos, la sensiblería más gazmoña, la pura y simple estupidez.

Entiéndaseme bien. No estoy minusvalorando lo digital, ni mucho menos despreciándolo. De hecho, soy uno de sus más fervorosos y antiguos y cotidianos usuarios (vid. supra, por tercera vez). Me limito a señalar que los asombrosos adelantos tecnológicos asociados a lo digital y la informática no tienen por qué tener, en principio, ningún impacto en la lengua. Los problemas básicos de nuestra cultura, de la cultura iberoamericana, de la española, de la cultura de nuestra lengua, no van a quedar resueltos cuando Internet llegue a todos los ciudadanos y la información contenida en la Red, convenientemente trasladada al lenguaje digital, circule por todas partes, ya sea libremente, ya mediante sabios y muy organizados impulsos. El problema de nuestra cultura está en otros ámbitos. Está, por ejemplo, sin ánimo de rozar siquiera el asunto, en unas casas editoriales que se han rendido, sin matices ni cuartel, a las necesidades de la comercialización con lucro rápido y abundante, que satisfaga a unos inversores sin preocupación cultural alguna. Está en unos creadores literarios, o artísticos en general, que han perdido todo interés por el arte y solo desean producir mercancías, quizá muy dignas, pero desde luego, como condición previa a su propia existencia, vendibles en el mayor número de ejemplares posible, porque sólo el éxito multitudinario importa, porque solo los grandes números producen beneficio suficiente y solo las grandes celebridades tienen valor mediático y publicitario. El problema de nuestra cultura está en unos sistemas de enseñanza totalmente desvinculados de su más importante objetivo, es decir, de la formación de seres humanos, no de ciudadanos consumidores y más o menos adaptados a las necesidades del mercado laboral. Unos sistemas de enseñanza que, además, no se reparten por igual entre los pobres y los ricos, y que parecen pensados para perpetuar y hacer más llevadera la injusticia social imperante.

Nada de esto puede solucionarse por la vía digital. Peor aún: la vía digital, de hecho, y por desgracia, ofrece a los malos gobernantes una nueva modalidad de trampa, un nuevo modo de corromper la inversión cultural. Es más fácil gastar el dinero en ordenadores y en conexiones rápidas con Internet que gastar dinero en formación de los profesores o en la mejora del contenido de la enseñanza. Más fácil y más lucido, a la hora de ganar votos en las próximas elecciones... Estupendo. Ya tenemos todos los colegios de Iberoamérica conectados con Internet. Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Declaramos obligatorio el inglés, a ver si así aprovechamos la página web del Massachusetts Institute of Technology, que es un asombro?

No me gustaría incurrir en aspavientos exagerados, pero debo afirmar que la situación es dramática. Dicho en términos muy rotundos, nos estamos engañando. Por una parte, nos inventamos un hada madrina, el Hada Digital, y cruzamos los dedos en espera de que su numérica bondad nos rellene todas las carencias. Habrá, por ejemplo, editoriales digitales que pondrán todos los grandes libros al gratuito alcance de los lectores. ¿Qué lectores? A mí no me

lo pregunten, porque llevo años sin saber dónde están los lectores de algo que no sean revistas cardíacas o deportivas o novelas de baja estofa. Habrá grandes depósitos de cultura a disposición de todos los hispanohablantes. Llenos de qué cultura, esos depósitos. Tampoco me lo pregunten.

No porfiemos en caminos falsos. Se nos llena la boca con las glorias de la lengua española, con el recuento de nuestros cuatrocientos millones de hispanohablantes. ¿Cuál es el porcentaje de analfabetismo entre estos cuatrocientos millones? ¿Cuál el de analfabetismo funcional, que probablemente alcanza proporciones aterradoras, a juzgar por los pocos estudios realizados y por la gente que va en el metro leyendo los periódicos deportivos como si rezaran? ¿Cuál es el porcentaje de personas que no han sido educadas, en absoluto, de ninguna manera, en la consideración de la cultura como un valor humano?

Dentro de nuestro ámbito cultural, el desafío, me parece a mí, está perfectamente claro. Es difícil. Por un lado, tendremos que invertir en la implantación de la herramienta digital, absolutamente fascinante, absolutamente moderna, absolutamente imprescindible. Por otro lado, habrá que encontrar el modo de suministrar buenos materiales *en español* a tan estupenda herramienta, antes de que los malos se impongan y por razón de la propia tecnología ya resulte imposible erradicarlos.

Me gustaría terminar con la prodigiosa afirmación de que el problema ha empezado a solucionarse en los quince últimos años. ■

Ramón Buenaventura es poeta, novelista y traductor, mantuvo entre 1997 y 2005 una columna sobre Internet en *El Semanal*, suplemento de fin de semana de más de treinta periódicos españoles.